

GAZALÉ, Olivia. (2019). *Le Mythe de la virilité. Un piège pour les deux sexes*. Robert Laffont.

Después de la publicación de su libro *Je t'aime à la philo. Quand les philosophes parlent d'amour et de sexe*, Olivia Gazalé aborda ahora el problema de la construcción del mito de la virilidad. Su análisis, que recorre desde la prehistoria hasta nuestros días, rastrea los orígenes culturales, políticos y sociales de este mito. El texto comprende seis partes que van desde la presencia tanto en Europa como en el Cercano y Medio Oriente de la adoración de una diosa madre de los orígenes, fuente de la vida animal y vegetal y creadora u ordenadora del universo, pasando por su destitución, hasta la reinención de las nuevas masculinidades. A lo largo de sus más de quinientas páginas, sólidamente fundamentadas y escritas de forma muy clara y detallada, Gazalé traza las razones o sinrazones de una serie de comportamientos sexistas aprendidos que han permitido justificar el postulado de una supuesta jerarquía de los sexos, donde el hombre ocupa el rango más alto. Dentro del vasto universo de obras dedicadas a los problemas de género, con este libro la autora responde a preguntas planteadas de forma reiterativa en la historia de los feminismos, tales como *¿en qué momento se constituyó la masculinidad hegemónica? ¿Cuáles fueron las razones para colocar a la mujer en un nivel inferior con respecto al hombre? y ¿cuál fue el papel que jugaron las religiones, la ciencia, así como los poderes públicos en este proceso?*

De esta forma, la filósofa deconstruye los clichés asociados a la identidad masculina y, por ende, a la femenina. Para ella, la Historia ha fijado un modelo para el hombre y la mujer, ser uno u otra obedece a una sucesión de requerimientos de orden conductual y moral. Si de ella se

espera que sea débil, temerosa y propensa a las lágrimas ante cualquier dificultad, ellos tienen, por el contrario, que ser fuertes, valientes, jamás deben llorar y se les envía a la guerra para morir o matar. Gazalé revisa fuentes antropológicas, históricas y filosóficas que ponen en duda la hipótesis de la existencia de un matriarcado primitivo. Dichas fuentes (Herodoto, Lewis Henry Morgan, Friedrich Engels, Joseph-François Lafitau, entre otros) coinciden en señalar que es poco probable que las mujeres hayan ejercido sobre los hombres el mismo tipo de poder que ellos les impusieron más tarde por la fuerza —es decir, el derecho a golpearlas, encerrarlas, mutilarlas, casarlas contra su voluntad, venderlas o agredirlas sexualmente.

El texto pone de relieve los mecanismos utilizados por el hombre para edificar su imperio, apoyándose sobre razones que competen a la naturaleza o bien a la cultura. Por un lado, el argumento de la fuerza física masculina, defendido por siglos, se desmorona al identificar los primeros vestigios de huesos humanos de la era paleolítica que no muestran una diferencia palpable entre la mujer y el hombre. Esto sirve de base para el estudio de la antropóloga Priscille Touraille, quien explica que por mucho tiempo los hombres gozaron de una serie de prerrogativas desde el punto de vista alimenticio. Ellos tienen acceso a una dieta rica en proteínas de origen animal, mientras que las mujeres del grupo sólo comen los restos o alimentos sin altos nutrientes. Por otra parte, se observa la presencia de postulados, creencias, elaboraciones conceptuales, leyes, mitos o símbolos que coadyuvan a la consolidación de la idea de la superioridad

del principio masculino sobre el principio femenino. Si en el pasado a la mujer se le venera porque de ella depende la generación de la especie, en el periodo neolítico, con la sedentarización y la revolución agraria, el hombre puede observar de cerca a los animales. Con ello, logra esclarecer los mecanismos de la procreación, reconociendo así su participación en ella. A partir de ese momento la mujer se reduce a ser un simple receptáculo que recibe el valioso líquido seminal del hombre. Para Aristóteles, referente de autoridad en toda la tradición escolástica, existe una jerarquía de los fluidos humanos entre el esperma y la leche materna. Por el primero, el hombre transmite la *forma* o *esencia*, signo de la perfección divina, mientras que la mujer únicamente aporta la *materia indeterminada*, pero desprovista de espíritu. Para Olivia Gazalé, de Aristóteles a Freud, pasando por santo Tomás de Aquino y Paracelso, la historia del pensamiento occidental de los sexos se basa en esta jerarquía supuestamente natural.

Dentro de las diferentes etapas que la autora revisa, de la consolidación de la teoría de un orden social establecido por categorías bien diferenciadas para servir a los intereses masculinos, la creación de la institución matrimonial resulta de gran utilidad. Apoyándose en el análisis de Claude Levi-Strauss *Las estructuras elementales del parentesco*, esta teórica demuestra cómo el matrimonio no es más que un procedimiento contractual de supervisión e intercambio de la potencia de gestación de las mujeres. A partir de ese momento se asiste a una de tantas vejaciones padecidas por ellas, que Gazalé identifica como “la desapropiación de sí”. El marido se erige como juez de las acciones de la esposa. El texto ilustra los casos de castigo del adulterio femenino: en Egipto, por ejemplo, a las mujeres infieles se les condena con la muerte por ahogamiento; el pueblo hebreo las lapida; los griegos las repudian; en territorio islámico se les flagela; en Asia se les corta la cabeza, y en Europa se les trata como criaturas del diablo, quitándoles a sus hi-

jos, privándolas de su dote, condenándolas a la reclusión, el convento o la prisión. Por último, en otras culturas, el esposo engañado tiene el derecho de mutilarlas o matarlas. En algunas ocasiones se les coloca un cinturón de castidad, y en varias latitudes geográficas se les practica, con bisturí y tijeras, una clitoridectomía o cauterización de la vulva con hierro candente para evitar que salgan de sus hogares a buscar placer.

En el terrero del ordenamiento civil, la ley la elaboran los hombres para su propio beneficio. Por ejemplo, la violación sexual de una mujer es considerada en la Edad Media, en Europa, un acto no tan grave como sí lo es la costumbre de la sodomía. Incluso existen ritos de virilidad de aquellos que asaltan castillos y poblados. La ley marcial no condena las violaciones colectivas en territorios vencidos y sitiados. Tal es el caso de los hombres de Daech, los servicios secretos de Bashar al-Ásad, los cascos azules de la ONU, los soldados americanos en el momento del desembarque en Normandía y tantos otros que ilustran violaciones reiteradas u otros actos de horror como azotarlas con cables de acero, quemarlas con cigarros, raparlas con rastrillo o incrustar una macana eléctrica en su vagina o ano. En suma, el hombre en la guerra es un ser activo y la mujer un ser pasivo.

Para Gazalé, al apartar a las mujeres de la guerra los hombres se apropiaron “del monopolio de la violencia”, es decir, del poder político que también se extiende al religioso. El discurso de este último poder contribuyó en gran medida en la representación tripartita de la mujer reducida a ser virgen, madre y puta, mientras que al hombre lo coloca como padre, marido y amo. San Agustín, por ejemplo, reprueba el placer que éste resiente con su esposa, lo que no sucede con una mujer pública, porque esto constituye una profanación del vientre casto de la madre. La práctica sexual pagada es totalmente tolerada, porque se convierte en un bien común para la sociedad, ya que educa a los jóvenes, protege la virginidad de las adolescentes y defiende

el honor de sus madres, ayuda a la familia al limitar el adulterio y la homosexualidad; además, da trabajo a las huérfanas, mujeres violadas, sirvientas embarazadas y expulsadas de su lugar de trabajo, a las esposas repudiadas por el marido y las migrantes que llegan a las grandes urbes. De esta forma se garantiza cierta seguridad y paz social.

El texto demuestra, como ya lo había hecho antes Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* al afirmar que la mujer “no nace sino se hace”, que lo mismo sucede con los hombres. Si primero examina el sistema viril bajo el ángulo de la dominación del “sexo fuerte” ejercida en particular sobre la mujer, enseguida analiza lo que el hombre hace sobre “otros hombres”. Esta afirmación de su virilidad —es decir, su energía, valor, entereza y fuerza—, que justifica sus acciones a favor de la misoginia, también se aplica frente a la xenofobia, el racismo, la esclavitud, la homofobia, el fascismo y cualquier otra forma de explotación y destrucción del hombre por el hombre por el simple hecho de ser más fuerte. La autoridad viril sólo se puede poner en marcha cuando se logra de manera exitosa la práctica del sometimiento. Incluso hoy en día esta idea está aún muy presente en la costumbre de las novatadas en el ámbito escolar, en el ejército o en el medio deportivo. El culto pagano del músculo, de la dureza y de la fuerza, también puede estar al servicio de una ideología. Tal es el caso, referido por la autora, de la Alemania vencida durante la primera Guerra Mundial. Después de la caída y humillación que esta nación padeció con su derrota en 1918, se fomentó una imagen muy positiva del músculo y la violencia primitiva en detrimento de un intelectualismo humanista. La “raza aria” se conforma de cuerpos atléticos; además, la política nazi fue muy hostil hacia cualquier manifestación de mestizaje o hacia la homosexualidad. Por ello, la virilidad nazi exige la heterosexualidad y la absoluta diferenciación de razas. Incluso el tamaño del pene, denominado miembro viril, se erige como criterio su-

premo de moralidad o como estandarte de su virilidad. Para asegurar el buen funcionamiento de este órgano cada cultura tiene su remedio eficaz: los chinos aconsejan el caldo de hipocampo o de cuerno de rinoceronte; los europeos se inyectan un compuesto de testículos de perro o de conejillos de Indias; en la antigüedad, los romanos consumían los excrementos de chimpancé, chivo o mandril, y en la actualidad, en 1980, el doctor Virag ofreció a la humanidad el famoso medicamento viagra que ha permitido resolver no tanto un problema de orden médico sino, como afirma la filósofa, de orden moral. Mientras más hazañas sexuales, más se reafirma la masculinidad y supremacía sobre los demás.

La autora se pregunta si en ciertos momentos en la Historia el estereotipo de la virilidad ha sufrido algún traspie frente a otro modelo de ideal masculino. Reconoce varias crisis: una de ellas tiene lugar durante el Renacimiento, que rechaza la furia guerrera y promueve, con la imagen del humanista, la ponderación, la urbanidad, la cortesía, el respeto de la etiqueta, y sustituye al poder y la valentía, el ingenio y la prudencia. En el siglo xvii, Descartes redacta un tratado de esgrima donde el criterio de virilidad se sustenta en la maestría y el control de sí mismo, contra una energía masculina sometida a las pasiones. Salvo el periodo de la Revolución francesa, que vuelve a situar cierto triunfo de la imagen de la supremacía viril, la modernidad y posmodernidad presentan periodos importantes en la desestabilización de los puntos de referencia de ésta, como serían la práctica constante del divorcio, el acceso más amplio a varios métodos de anticoncepción, las nuevas y múltiples configuraciones de la familia, los progresos de la procreación asistida, la presencia de la mujer en muchos puestos de trabajo que el hombre tuvo que dejar vacante por partir a la guerra —en particular en la primera mitad del siglo xx—, y, en gran medida, las conquistas feministas o postfeministas. Se asiste entonces a la ruptura de la visión del mundo binario que recon-

figuraba al planeta. Además, se cuestionan de forma tajante las nociones de esencia, así como las de los principios masculino y femenino. Siguiendo a Derrida, quien en su texto *Puntos suspensivos* intentaba explicar lo que quería decir al afirmar que “hay tantos sexos como colores”, Gazalé concluye su análisis señalando que la vieja división de sexos, en la que el hombre era reconocido por lo que *hacía* y la mujer por

lo que *era*, se ha desgastado, abriendo paso a un mundo donde las polaridades absolutas e inconmensurables ya no existen más que como “ficciones culturales creadas por las religiones y la historia del pensamiento” —de allí la necesidad imperiosa de ver con gran entusiasmo el surgimiento de nuevas masculinidades y feminidades, condición indispensable para un equilibrio más justo entre los seres humanos.

Claudia Ruiz García

A
L
M